

PERÚ: ¿EN QUÉ PAÍS QUEREMOS VIVIR?

LA APUESTA POR LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA

Luis Eduardo Bacigalupo Cavero-Egúsquiza

Profesor Principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú

“UN APORTE DE LA ÉTICA A LA CULTURA MORAL DEL PERÚ: LINEAMIENTOS PARA UN PROGRAMA DE REGENERACIÓN DE LOS VALORES”

1.

Quisiéramos empezar esta exposición con algunas breves aclaraciones, que no pretenden ser exhaustivas, sino orientadoras respecto de lo que diremos después.

Podemos ver a la cultura como un universo hecho de múltiples mundos, y, a éstos, como mundos de significados. No son mundos etéreos, sino sumamente concretos, porque los significados son capaces de configurar realidades visibles. Pero *cultura* también puede decirse de la disposición del ser humano a develar sentidos, a penetrar con la inteligencia en la naturaleza de las cosas, a crear libremente algo nuevo en esos mundos. Esa disposición para la creación libre de sí y del entorno es un atributo humano universal.

Un elemento constitutivo de la cultura, en ese segundo sentido, es la moral. Cuando la cultura se mira desde una perspectiva moral, sobresale siempre la pregunta por los valores que cultiva una determinada colectividad, y en algunos casos, se pregunta si realmente se respetan en ella esos valores o no. Estas, propiamente hablando, son preguntas éticas. ¿Qué son, pues, la moral y la ética? La moral puede ser vista como el conjunto de valores que se supone deben

regir las acciones y la conducta de los individuos que pertenecen a un determinado grupo. La ética, en cambio, es una actividad intelectual. Es la reflexión crítica acerca de esos valores, orientada a diagnosticar su estado y a normarlos, es decir, a determinar si son valores morales o no.

En efecto, cabe la posibilidad de que algo pase por ser un valor moral, pero que, sin embargo, no lo sea. ¿Qué instancia determina si lo es o no? La ética normativa. Pero, para normar, como es obvio, hacen falta principios universales y criterios generales de discernimiento. Ese es uno de los temas más debatido entre los filósofos de nuestros días. ¿Cuáles son esos principios y criterios normativos? Nuestra posición a ese respecto se aproxima a aquella de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Los principios éticos allí declarados son la dignidad de la persona humana, la igualdad de todas las personas en dignidad, y lo que de ella se deriva inmediatamente: la libertad, la justicia y la paz. Los criterios para discernir qué es bueno y qué es malo tienen que ver con la calidad de la relación entre las personas. Fundamentalmente, son el respeto irrestricto al otro y la responsabilidad social.

Ahora bien: hay sociedades que, en un determinado momento de su historia, se perciben a sí mismas inmersas en una grave crisis de valores. Cuando esto ocurre, las personas se plantean preguntas éticas. Aquí quisiéramos plantear algunas de esas preguntas, especialmente referidas a la relación que existe entre la moral y la cultura. Nuestras preguntas iniciales son, pues, éstas: ¿Cómo se insertan las personas en sus propios contextos culturales? No nos interesa tanto explorar qué hace que unos desarrollen su creatividad hasta niveles sobresalientes, porque eso podría ser sólo una cuestión de talento, sino preguntar, más bien, por qué ciertos individuos jamás logran insertarse plenamente en la cultura. ¿Qué otro tipo de vínculos hay entre la persona y la cultura?

2.

Hemos elegido estas preguntas porque creemos que, respecto de los vínculos de las personas con la cultura, existe todavía mucha confusión. Sintomáticamente, cuando se detecta un grado alarmante de oscuridad en estos temas, se suele volcar la atención sobre dos conceptos, que se invocan casi como si fueran conjuros mágicos: identidad y patrimonio cultural.

El giro *patrimonio cultural de la nación* suele aparecer en proyectos legislativos de protección estatal de ciertos bienes calificados por alguna autoridad pública como *bienes de interés cultural*. La palabra *nación* circunscribe dichos bienes al legado histórico del país e incluye, desde luego, la cultura viva desarrollada dentro de su territorio. Por su parte, el concepto de identidad cultural

parece estar respaldado en dos supuestos: Primero, que en las personas existe un sentimiento de *pertenencia* respecto de los bienes culturales producidos en su colectividad. Y en segundo lugar, que ese sentimiento debería expandirse a todo el caudal cultural de la nación.

Técnicamente hablando, no debería haber dificultad en definir qué conforma el patrimonio cultural de una nación. Pero, como podemos comprender, los supuestos de la identidad son altamente problemáticos. ¿Quiénes son las personas a quienes pertenece *culturalmente* ese patrimonio? No es fácil responder a eso.

Más de una vez hemos oído elogiar la legislación colombiana sobre cultura, y creemos que con justa razón; pero si buscamos en ella la definición de identidad, no hallaremos nada. ¿Por qué? Porque, en realidad, la cuestión de la identidad cultural no se puede resolver técnicamente. El concepto no pide definiciones, sino que plantea, más bien, preguntas personales: ¿Quiénes somos los aludidos por expresiones como ‘nuestra cultura peruana’ o ‘nuestro patrimonio cultural’? ¿Es correcto decir ‘los peruanos’? Desgraciadamente, estamos acostumbrados a hablar sin desagregar, y por esa razón caemos con frecuencia en engaños colectivos.

Imaginemos a unas personas que quisieran declarar como su patrimonio cultural a un centenar de árboles de diferentes especies. ¿Qué deben hacer? ¿Ir al Ministerio correspondiente y pedir que se declare que son bienes intangibles? ¿Qué deberían demostrar? Que el reclamo es justo porque ellos sembraron y cultivaron esos árboles durante generaciones; que son suyos porque padres, hijos, hombres y mujeres de la comunidad conocen cada árbol por su nombre; porque han aprendido inclusive a conversar con ellos, y porque, desde luego, están dispuestos a defenderlos de la depredación con sus vidas. En ese caso, esas personas estarían evidenciando que los árboles forman parte de su identidad cultural. Pero, ¿en qué ventanilla se presenta un alegato así, con expectativas de que sea, no digamos comprendido, sino siquiera escuchado?

De modo que no nos engañemos. No iremos muy lejos en nuestra preocupación por el patrimonio si nos concentramos exclusivamente en cuestiones formales, externas a la cultura misma, como la creación de nueva legislación o de nuevos ministerios. Tal vez hagan falta esas cosas. Pero, en todo caso, es necesario prestar atención a las condiciones que hacen posible la identidad cultural como valoración del patrimonio histórico y de la cultura viva, de la naturaleza y del medio ambiente. Para eso se requiere detectar en qué medida somos capaces de identificarnos culturalmente con las cosas de nuestro entorno.

Cuando hablamos de crisis, suponemos que esta identificación es pobre; que, en última instancia, le otorgamos valor, más bien, a nuestros propios intereses. Si la ley permitiese la tala indiscriminada, ¿qué podría importar la cultura de unos cuantos individuos exóticos que, por otra parte, nunca serán tratados en persona? Pero no caigamos aquí en la simplificación. ¿Qué sacaríamos si nos limitáramos a compararnos entre nosotros, aparte de constatar lo obvio, como, por ejemplo, que no todos los peruanos hacen prevalecer la cultura sobre los beneficios que les otorga la ley?

3.

Pues bien: para llegar a las cuestiones de fondo, empecemos con los giros más comunes del lenguaje. Todos nos damos cuenta de que cuando hablamos, por ejemplo, de ‘nuestras culturas tradicionales’ no usamos la palabra cultura en el mismo sentido que cuando nos quejamos de ‘nuestra falta de cultura’. Esos usos muestran que con la misma palabra mentamos, en realidad, cosas distintas. De un lado está el patrimonio cultural o *cultura objetiva*. Del otro, la cara *subjetiva* de la cultura, que es la capacidad de identificación de las personas con cosas que no les reportan un beneficio personal inmediato. Ese es el terreno de los valores, ya sean morales o no. De hecho, todo ser humano valora lo que de algún modo lo beneficia. Nadie tiene que empujarnos a ello; pero sólo empezamos a actuar de manera moral cuando sobrepasamos el nivel primario del interés, es decir, cuando aparecen en nuestro horizonte valores a través de los cuales nos interesamos en las demás personas. Esa cultura valorativa es muy escasa entre los peruanos.

No quisiéramos que a nuestras palabras les faltara la fuerza necesaria para hacer ver lo que significa carecer de cultura moral. No se trata sólo del poco cariño a lo propio, del que lamentablemente hay demasiada evidencia. Tampoco es la simple falta de aprecio por lo que no es de utilidad inmediata. El mal es mucho más hondo. Es una incapacidad muy seria, que tiene todos los visos de ser una tara. La culpa y la vergüenza son los sentimientos que deberían embargarnos al tratar este tema. Sobre todo el sentimiento de culpa, que con tanto afán queremos erradicar de nuestras vidas privadas y de la vida pública, debería hacerse presente en cada peruano que, habiendo percibido ese lastre general que lo frena todo, no haya hecho nada por remediarlo. Y si se alega que nunca se dispuso de los medios o, peor aún, que nunca se percibió el problema, entonces lo que habría que sentir es vergüenza.

Permítasenos una variación más. El problema no es la indiferencia o la desidia frente al patrimonio cultural y natural del país, sino aquello que las produce;

aquello que, por defecto, da lugar al desapego. La dimensión moral de la cultura se expresa de manera definitiva en la vida de una persona cuando ésta es capaz de valorar lo ajeno y cuidarlo como si fuera propio. En eso, obviamente, no ha sido educada la mayoría de los peruanos. Lo que es menos obvio es la gravedad del daño producido por esa falta de educación.

La indignación puede derrocar dictaduras, pero en el terreno de la cultura indignarse no sirve de mucho, porque aquí no se trata tanto de atropellos y prepotencias cuanto de hábitos compartidos. Sabemos que en la vida política las coyunturas álgidas pasan y que el vacío que dejan es colmado nuevamente por los viejos hábitos, instalados con firmeza de uno y otro lado de la contienda. Por eso vivimos siempre bajo la amenaza del retorno. La vergüenza, en vez de la venganza, y la culpa, antes que la acusación, están llamadas a romper el ciclo de las reincidencias, y así como hay individuos que llamamos sinvergüenzas porque estamos convencidos de que no hay para ellos mejor nombre, así también deberíamos tener claro que estamos ante la posibilidad de convertirnos en un pueblo incapaz de una verdadera autocrítica; incapaz de sentir vergüenza frente al retardo histórico en el que ha caído por no enfrentar a tiempo los problemas de la educación y la cultura. Vergüenza no sólo ante la omisión imperdonable de la educación como política estatal, sino sobre todo ante los sucesivos y reiterados ejemplos públicos, a lo largo de la historia, de una falta radical de veracidad.

Los peores defectos de los peruanos no sólo han adoptado nombres, como, por ejemplo, la *criollada*, sino que se han consolidado, desde hace mucho tiempo, como anti-valores. No pretendemos describir aquí lo que todos conocen. Pero sí quisiéramos decir que esa forma de vida está radicalmente enemistada con la verdad. No estamos hablando, por cierto, de la verdad de la ciencia ni la verdad de alguna doctrina religiosa ni nos remitimos a alguna ideología o teoría política. La verdad de la que hablamos es una forma de vida. Es aquella manera de vivir que se rige por el principio de la veracidad y por la transparencia. De modo que, si decimos que la *viveza criolla* es la forma de vida preferida de los peruanos, lo que estamos reconociendo es que la mayoría se rige por el autoengaño y la mentira. Pero vivir enemistado con la verdad no consiste sólo en la habilidad de engañar a otros, sino en algo mucho más peligroso. El mentiroso habitual ha desarrollado la capacidad de aceptar sus propias mentiras como si fueran verdades. En eso radica su fuerza persuasiva y sólo con esa condición puede pretender engañar a los demás con éxito.

En nuestra opinión, nada merece más llamarse *falta de cultura moral* que ese detestable defecto. No es necesario poner ejemplos, que, por lo demás, todos tenemos en mente. Sólo quisiéramos extraer algunas consecuencias que se si-

guen de este enfoque. Cualquier estrategia defensiva frente a los engañadores profesionales tiene que atacar el núcleo de sus convicciones. Y eso es algo que no se puede hacer sin argumentar y refutar sus planteamientos. ¿Cuántas veces se ha declarado que no se cometió un crimen o un delito, a pesar de que esa declaración era a todas luces falsa? Lo triste para un país es que, quienes saben que las cosas se están haciendo mal, callen y terminen por jugar el mismo juego de los ofensores, al aceptar, voluntaria o involuntariamente, los artificios detrás de los cuales se protege la mentira oficial.

Recordemos nuestras conversaciones más recientes. ¿Con qué frecuencia hemos enmudecido ante la frase mágica: ‘No hay pruebas’? Es increíble la facilidad con que concedemos esta argucia a quienes son expertos en no dejar pruebas. Permitimos que se refugien en la letra de la ley para no ser tocados por el espíritu de las leyes. De acuerdo: El derecho no los puede tocar si no hay pruebas; pero, entonces, que los derribe la falsedad de sus propios argumentos, plagados de falacias e inconsistencias. Aunque, ¿cómo podría la razón moral tocarlos si los hombres y mujeres de buena voluntad, que quisieran poder fustigar a los inmorales sin darles tregua, frente a las frases mágicas, simplemente callan? Permítasenos decir aquí por qué callamos: Porque carecemos de una cultura del debate público; porque no sabemos argumentar; porque no hay dónde hacerlo. Y no hay manera de adquirir esa nueva cultura política si no se habla con libertad acerca de estas cosas.

En el Perú hay la necesidad imperiosa de forjar el hábito de la discusión pública acerca de lo que hemos hecho, de lo que hacemos y dejamos de hacer en los asuntos públicos. La consigna debería ser jamás callar, sino siempre debatir sobre los criterios y principios que deben regirnos en las cuestiones de interés colectivo, y hacerlo, además en todos los niveles y foros posibles, públicos y privados, desde la escuela hasta la universidad, en los sindicatos y clubes de madres, en los gremios y asociaciones ya existentes, y en los que hubiera que crear. Porque si no hablamos con libertad acerca de nuestros problemas comunes, nunca nos habituaremos a argumentar con solvencia, con corrección lógica y pasión controlada; jamás aguzaremos suficientemente nuestra percepción de las falacias que campean irrestrictas en la retórica política, o en cualquier otro discurso manipulador. Y, sin ese hábito, estaremos condenados a seguir arrastrando los mayores lastres de nuestro desarrollo político, que son el caudillismo y el autoritarismo, la demagogia y el dogmatismo.

Como forma de vida mendaz, la falta de trato con la verdad implica una auto-cancelación de la libertad, y sin libertad no hay creatividad cultural posible. Lo que finalmente distingue a la persona culta de la inculta, en este sentido moral, es que una posee valores superiores que la liberan de lo que esclaviza a la otra, que sólo puede valorar lo que satisface sus intereses primarios. Sabemos a qué nos referimos con intereses primarios, pero no está de más señalar que se concentran en el poder y el placer, y que el medio más aparente para obtenerlos es el dinero.

De ninguna manera se trata de denostar a la racionalidad económica cuando se habla de moral o de ética. Tampoco se nos ocurriría abogar por una sociedad de mentes puritanas que miraran el placer con horror. Nuestro tema es otro. Queremos caracterizar a la persona carente de principios morales como aquella que, en última instancia, no es capaz de colocar nada por encima del poder o del placer. Aunque hable más que nadie de ética y de valores, en el momento crucial en el que deba decidir qué hacer, no podrá asumir otra guía de conducta que la que incrementa su sensación de poder sobre el mundo exterior. Esa actitud frente a la vida suele ser un vicio tenaz y recurrente, del que difícilmente se puede escapar. Si no han caído ya en el cinismo, se trata de personas cautivas de un narcisismo embozado.

Ahora bien, si se juntan varias de esas personas y se organizan para llevar a cabo una actividad, lo que tenemos es una *práctica depredadora* colectiva. En la medida en que haya aún escrúpulos, el grupo requerirá de un discurso auto-justificador. Es interesante advertir que escrúpulos y racionalizaciones sólo aparecen cuando el grupo participa de un espacio público. No están presentes en los grupos clandestinos, porque nadie tiene que dar la cara. Pero los discursos justificativos no son fáciles de construir. Por eso, no tardan en surgir los líderes indiscutibles de la caterva, aquellos que, a través de sus dotes persuasivas, hacen presa fácil de mentes que no conocen otra virtud que la sumisión.

Con el calificativo *depredador* nos referimos, pues, tanto a las prácticas del ladronzuelo de esquina cuanto a las organizaciones sofisticadas que se entregan a actividades ilícitas, ya sea clandestinas o disfrazadas de decencia, pero destinadas todas ellas, en última instancia, a convertir a las personas en presas y a las cosas en botín. Por eso, el calificativo afecta a todo aquel que, colectiva o individualmente, de manera organizada o espontánea, posea el hábito de no vivir sino para lucrar.

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿Existe alguna forma de distinguir con facilidad una práctica moral de una práctica depredadora a pesar del discurso encubridor que casi siempre acompaña a la última? Una sola cosa nos parece

infalible a ese respecto: Si se detecta el juego del poder, se trata con toda seguridad de una práctica depredadora. ¿Cómo se detecta eso?

Ganar dinero, por ejemplo, se hace dentro de prácticas complejas que involucran ciertas habilidades personales, pero, sobretodo, reglas de juego. Ganar dinero dentro de límites morales significa ajustarse a esas reglas. Ajustarse a reglas, por su parte, no es otra cosa que aplicar el principio de la auto-limitación. ¿Qué es lo que este principio exige? Pide que uno mismo limite los poderes y las capacidades que ha desarrollado. Toda actividad, tarde o temprano, nos faculta, nos capacita para hacer ciertas cosas, nos da un poder. La ética nos permite comprender que la moral universal consiste en el límite auto-impuesto a ese poder. La persona moral se mantiene libre, voluntaria y críticamente dentro ciertos márgenes impuestos por los valores de la práctica misma. Una práctica depredadora, en cambio, es la que ha perdido esos valores y en la que sus miembros no son capaces de auto-limitarse, a no ser, desde luego, que la auto-limitación redunde en incremento de su poder. ¿Qué debemos hacer, pues, para detectar el tipo de práctica en la que estamos?

De acuerdo: hay que inculcar mentalidad ganadora en los jóvenes peruanos, como se ha dicho en otras presentaciones; pero paralelamente hay que vernos actuar y ver actuar a las personas de nuestro entorno, y percibir si en lo que hacemos rige el principio de ganar a toda costa. Si es así, estamos ante una actividad orientada a sortear todo obstáculo, cualquiera que éste sea, sin importar en absoluto su naturaleza. Y en eso consiste la raíz de toda inmoralidad.

Desgraciadamente, en el Perú, el calificativo *depredador* no describe comportamientos excepcionales, sino, más bien, el prototipo. Por eso, las personas que no están dispuestas a minar las prácticas morales que aún subsisten, sino que quieren contribuir a su regeneración, deberían promover y organizar foros de debate público en los que surjan cuestionamientos de éste tipo: ¿Qué práctica predomina en mi institución, o en mi partido político? ¿Qué dirigentes de la asociación o del movimiento no están dispuestos a auto-limitarse? Y una vez detectada la voluntad predatoria, habría que combatirla con inteligencia, promoviendo todas las alianzas estratégicas que permitan desmontar los mecanismos de poder existentes en las familias, en el trabajo, en las asociaciones vecinales, o la iglesia a la que se pertenezca. Sin olvidar el principio de la auto-limitación, porque si los moralizadores cometen el error de no limitar sus propias aspiraciones de poder, perpetúan un círculo vicioso que, tarde o temprano, los hará compartir la misma orilla en la que se refugian sus adversarios de hoy.

Desde luego, esta no es una tarea fácil, porque pasa por la transformación de las personas y la paulatina generación de una masa crítica. Eso supone una lucha firme, desde dentro de la propia institución, contra aquellos viejos hábitos mentales que nos hacen creer que los cambios radicales sólo vienen del gobierno o de las autoridades, y que si no proceden de allí, entonces sólo pueden venir acompañados de violencia. Solemos ser demasiado escépticos respecto de lo que pueda lograrse con sólo reunir, poco a poco, pero de una manera sostenida, el suficiente caudal de entendimiento y solidaridad en la sociedad civil. La regeneración de los valores en el Perú, si ha de ser realista, deberá apuntar a lograr en el corto plazo aquellos mínimos indispensables que nos permitan por lo menos entender de qué se trata el esfuerzo conjunto de vivir en sociedad.

5.

Hoy se dan excelentes argumentos para establecer relaciones entre dos sistemas de prácticas muy distintos: cultura y empresa. Son, sin duda, propuestas interesantes para ambos lados; pero frente a las que hay que mantenerse alerta. No cabe duda que la preservación, conservación y divulgación de la cultura objetiva necesita del apoyo de la empresa para desarrollarse y, en muchos casos, inclusive para sobrevivir. Pero los empresarios, como todos los demás peruanos, necesitan de la cultura moral para convencerse y convencer a los demás de que están dispuestos a marchar hacia la consolidación de los valores propios de su práctica.

No debemos ser ilusos en nuestras expectativas, porque partimos de la constatación de que hábitos previos en la dirección deseada son muy escasos; que la tarea de la regeneración moral recién empieza. Eso vale especialmente para el campo político. Hoy volvemos a oír que se grita 'No a la impunidad'. Pero, ¿vamos a ver ya una nueva cultura política, capaz de realizar el anhelo de justicia que está detrás de esa frase? No se nos tilde de pesimista por lo que diremos, pero nos parece que las condiciones para eso aún no están dadas. El primer paso hacia la solución del problema moral del país sería no hacernos cómplices de un nuevo autoengaño colectivo. Asumamos más bien que seguirá habiendo impunidad y contubernio toda vez que no haya una auténtica reconciliación con la verdad en la mayoría de las personas que integran la clase política del país. Y ese cambio no sólo implica un proceso largo, sino que no podrá proceder de quienes están habituados a la mentira.

Todo parece indicar que, debido a la gravedad del mal, la regeneración de los hábitos políticos tiene que ser exigida y promovida desde fuera de la sociedad

política y del Estado, y desde fuera, también, de la sociedad económica. Es un cambio que tiene que ser forzado por las organizaciones de la sociedad civil, sin violencia, desde luego, pero con firmeza. No es casual que el discurso filosófico y sociológico de nuestros días registre a escala mundial una notable insistencia en el concepto de sociedad civil, porque, según parece, ese concepto expresa la esperanza de que los sectores menos contaminados de la sociedad provean las fuerzas regeneradoras de la cultura cívica.

La mayor herida que producen la corrupción y el hábito del auto-engaño ejercido por el gobierno y las personalidades públicas es la pérdida total de credibilidad en las personas como portadoras de valores superiores. Es una devaluación total de la palabra que se expresa en frases muy significativas, que el escándalo ha hecho comunes entre nosotros, como, por ejemplo, ‘no creer en lo que dice la gente ni aunque vista sotana’.

Honrando, por supuesto, las dignas excepciones, el periodismo político ha dado, en ese sentido, el más triste indicador de la profundidad del daño moral en el Perú. En cualquier parte del mundo, el papel de los medios de comunicación en la lucha cívica permite contar con una defensa y un respaldo valiente frente a la prepotencia del Estado, a la indiferencia de la sociedad política y a los abusos de la sociedad económica. Pero en el Perú, en lugar de ello, los autodenominados ‘profesionales de la palabra’ nos han hecho testigos de la mayor infamia. Y, en algunos casos, ni siquiera es posible hablar en pasado.

Del mismo modo, ¿qué país no espera que en sus universidades se cultive un uso siempre veraz y crítico de la palabra? Pero es bien sabido que en muy pocas universidades del sistema se inculcan los valores e ideales de las profesiones que se imparten. Abundan, en cambio, las clases y los programas de estudio fraudulentos, y son cada vez más los patios en los que se difunde, a veces por parte de los propios profesores, el mensaje nefasto de que ‘una cosa son los ideales, otra muy distinta la realidad.’ Miles de estudiantes escuchan eso de sus mayores como si fuera el mejor consejo para la vida. Por eso mismo, es tanto más admirable que, a pesar del discurso pesimista de las generaciones desencantadas, los jóvenes hayan sido los primeros en salir a las calles para protestar contra la dictadura y defender los ideales de la democracia. Creemos, sin embargo, que tratándose de una de las instituciones más importantes de la sociedad civil, las autoridades de cada universidad harían bien en revisar cuáles han sido sus verdaderos aportes en pro de la cultura moral del país.

La esperanza se reaviva cada vez que se constata, en todos los sectores de la sociedad, la reserva moral que representan algunas personas dispuestas a dar batalla por causas más nobles que el arribismo social y el poder. Si se acepta

este planteamiento, la columna sobre la cual apoyar las metas de la educación y la cultura en el Perú debería ser la reunión de focos de esperanza bajo el techo de un programa civil, sistemático, consistente y coherente, desarrollado en todos los niveles de asociación posibles, que promueva una cultura de la veracidad, porque esa es la forma de vida que toda persona de buena voluntad quisiera ver predominar en el país que ama.

Lima, 26 de enero de 2001